

FRANCISCO JAVIER LÓPEZ
GARCÍA DE VINUESA



LIBRE ES PARA AMAR

narrativa



Había llegado el momento de dilapidar su curiosidad. Méritos debía de hacer para contentar a su padre laboral, ya que ningún otro le había ofrecido nada que rellenase etapas de su vida... pero estas se alargaban, y de cuatro en cuatro años, allí estaba él para que su figura hiciese una muesca en el corazón re-concebido del ente personal decisorio. No sería nada importante, pero sí indignante y que, su función, hiciese circunferencias y fuese la de vigilar, ¿quién habla con aquel, con el de más allá y con el que degusta un café descafeinado mañanero con varios amigos?... También un té moruno, ¿por qué no?... Dar vueltas a la Gran Vía, y subir y bajar «el Rebellín» o girarse en la Plaza Alta para bajar al mercado y después subir la cuesta que las separa, buscar verdades diciendo mentiras y sonsacar los deméritos del que es tu amigo pero al que interesa desmenuzar, es el síntoma perentorio y paupérrimo que utilizan para ser reconocidos por su superior. Generalmente, el mandamás, el jefe superior, desconoce que, en el puesto que ocupa, está obligado a servir y atender al pueblo o al peticionario... En esta circunstancia, debe moverse su gestión. Él está

al servicio del pueblo, no el pueblo a su servicio. Tener informadores para saber qué personas son protagonistas de una conversación, deja un reguero de sorpresas difíciles de ser digeridas.

Un discípulo curioso le dijo al Maestro: «Dinos una forma de saber cuándo ha alcanzado uno la iluminación». Y dijo el Maestro: «Aquí la tienes; cuando te sorprendas pregúntate a ti mismo, ¿soy yo quien está loco o es algún otro?». El escritor no le pregunta al maestro, ni tampoco a su interlocutor, cuál es la esencia de su experiencia. Él tiene una pretensión clara por conocer cuántas veces intentó delinear cuál es el valor o el precio a pagar por dejar escritas unas hojas, por calibrar sinceramente en qué ámbito se mueve el contenido de una historia, la misma que hoy intenta enviar a todos aquellos lectores que, un día cualquiera, se identificaron con las palabras escritas que lanzaron al viento el deseo de que lo agarrasen con ambas manos, de las letras ofrecidas para que se sientan recogidas por una sensación que les dote de sentimientos... Pasados los días, hizo creer a todos que el tiempo no había corrido, que se había parado en el pasado de una persona que tenía mucho que decir, y que en este panfleto se confeccionaban toda una serie de vivencias, de vicisitudes, que no supieron nunca que la felicidad era una vaga utopía.

Un hombre de hierro

Sería difícil explicar que un chico de doce años montase un taller mecánico para mantener a su familia, debido principalmente a que su padre, un legionario de los de entonces, años de 1940, fuese detenido y preso por intentar mediar en una pelea, y cuya expresión no natural pero no tan grave, «mecachis en la Virgen», le costó estar casi cinco años recluido en la fortaleza, prisión o como se le quiera llamar, sita en el Monte Hacho de Ceuta, y donde las condiciones de salubridad eran intolerables. Aquel legionario raso pero de gran profesionalidad, se vio envuelto en una pelea que le supuso enfermar y sufrir las penalidades de un lugar que desconocía y que nunca pensó que, debido a su profesión, fuera el lugar donde iba a sucumbir a los designios de la vida.

Pero Antonio Cardona, que así se llamaba, tuvo un gran aliado en su hijo Juan Carlos, un chaval de doce años que durante el lustro que duró su reclusión, no faltó ni un solo día para visitarlo. Este fue un hecho muy comentado incluso por los militares que controlaban aquella cloaca de hombres moribundos, hombres que sufrían la pena de su internamiento por

haber cometido el delito de pensar de forma diferente a lo que entonces controlaba el indeseable torturador conocido como Pelegrina. Este sujeto se encargó de meter a Cardona en el trullo, acompañado por los sicarios hijos de puta que cumplían las órdenes de aquel que era floristero. Juan Carlos y sus seis hermanos sufrieron la muerte de sus progenitores: su padre por el frío que pasó en su confinamiento, y su madre tras una larga enfermedad, posiblemente por la pena que para ella supuso perder a su marido de aquella manera inusual e inconcebible.

Emilio Castro, alias Pelegrina, se erigió en un mandamás sin cargo en plaza y que defendía con sus fechorías quién debía vivir, o ser encarcelado, o a quién le tocaba ser fusilado. Para ello, contaba con una furgoneta en la que por el día suministraba flores y por la noche, visitaba a quien él creía que era de izquierdas para cometer sus asesinatos, fusilamientos y encarcelamientos. Juan Carlos era mecánico, y el bicho solicitó sus servicios por una avería que le impedía mover su vehículo. El joven ceutí, en su venganza, subió el coche al llamado «Salto del tambor», lugar que otros utilizaban para suicidarse, de una altura de unos cincuenta metros, dejando caer por aquel acantilado el vehículo del usurpador de vidas, destrozándolo contra las rocas que abajo se vislumbraban. Pelegrina y sus adláteres desconocían el sufrimiento de aquel chaval, que no tenía maldad pero

sí valentía, y que únicamente era un mecánico, convirtiéndose en la pesadilla de aquellos malhechores y que fue, obligadamente, el inicio de un seguimiento sobre los somatones traidores del matón y sobre su persona, algo que nunca podían imaginar.

Juan Carlos alcanzó una estatura de uno noventa y una fortaleza temible. No tenía contrincante que le hiciese sombra, y uno a uno fue dejando imposibilitados a cada uno de ellos, mediante unas palizas que les alejaron del mundillo de la calle, la cual hasta aquel momento había sido su feudo. A Pelegrina lo tuvo atado a una silla, llamándole a su conciencia y no queriendo agredirle porque, si lo llegara a hacer, seguramente lo hubiese matado. Juan Carlos no había sido educado para llegar a ser un asesino. Pero a los otros tres les fracturó mandíbula, nariz, costillas, vertebras, tibias y todo lo que le pareció merecido por sus terribles acciones. Aun así, no se cobró el daño que le hicieron a su padre. Ese pago contaría con el dolor del que no se deshizo.

El joven ceutí también cayó preso en la prisión del Hacho porque fue acusado de destrozar el coche del malhechor aunque, posteriormente, el juez militar lo dejó en libertad sin cargos e inocente, al no poderse probar que lo hizo a conciencia, continuando con su servicio militar. Meses después y por temor a represalias, trabajó como jefe de taller mecánico en Orán,

ciudad de Argelia, donde todo le fue muy bien hasta que ese país fue vencido por un golpe de Estado que encarceló a miles de ciudadanos, originarios de allá y multitud de extranjeros. Después de cuatro años recluso, consiguió fugarse junto a un amigo italiano que compró a uno de los empleados de la prisión, haciéndolo en un carrito que movía el italiano con el funcionario corrupto, con Juan Carlos en su interior y tapado por unos trapos que cubrían la parte baja de aquel carro de la libertad. El carcelero recibió ochocientas mil liras por acceder a que ambos lograran salir de aquel antro y dotándolos de ropa en forma de traje que les dio un aire normal y que les proporcionó pasar desapercibidos. Ambos amigos tuvieron tiempo de tomar un café con una buena barra de pan con queso que les supo a gloria. Maximiliano marchó para Ajaccio, su tierra habitual, y Juan Carlos pasó la frontera de Tiemcen hacia Marruecos, sin ningún tipo de problemas. Aunque Juan Carlos había sido previsor y había enterrado dinero en una cajita cerca de una especie de bosque cercano, lugar donde la Policía detenía a culpables e inocentes, después de llevar a cabo su fuga, recibió una cantidad importante de dinero por parte de su amigo Maximiliano. Con ese dinero, Juan Carlos tendría suficiente para vivir durante más de un año.

Anteriormente a estos hechos, Juan Carlos sufrió la muerte de Rosa, una mujer de treinta y dos años, a la

que llevó a Madrid y la puso en manos de un afamado médico amigo suyo que, desgraciadamente, no pudo hacer nada por ella. Ese fue uno de los dolores que nunca consiguió superar. Rosa era una prostituta de tal belleza que era la locura de muchos hombres y que Juan Carlos sacó de aquel prostíbulo y la hizo su mujer. Posiblemente, el abuso de estar con muchos hombres hizo que Rosa enfermase de un cáncer de útero, insalvable en aquellos tiempos. El fallecimiento de su bella mujer lo sumió en una terrible depresión de la que no tardó en curar. Las circunstancias le obligaban a continuar, a cumplir con lo que se había propuesto desde un principio. No podía olvidar el daño que sufrió su padre por parte de Emilio Castro, alias «Pelegrina». Después de viajar a Argelia, tuvo una relación muy especial con Magdalena Lemos, una mujer bellísima y que era dueña del taller mecánico donde él trabajó y que era de lo mejor que había en Orán. Con aquella mujer mantuvo unos meses de amor sin importar que ella fuera una mujer casada. A Magdalena la conoció accidentalmente, nombrando a Juan Carlos jefe de los talleres mecánicos de su propiedad. Se acostó diariamente con aquel monumento de mujer, con la que vivió experiencias extraordinarias. Cuando el golpe de Estado, ella se desprendió de todas sus pertenencias y se marchó sin acordarse de su gran amor. Juan Carlos tampoco se lo pensó, aunque sintió tristeza por esa huida tan enigmática de Magdalena, a la que

no volvió a ver. Debía empezar una nueva vida sin su compañía. No le importaba en demasía aquel hecho y pensó que, en el fondo, era lo mejor que le podía pasar. Estaba casada, y esa circunstancia le perturbaba en su devenir diario.

Un sueño sin pintar

Aquel hombre con el que acababa de discutir y al que no conocía, le pareció extremadamente cruel. Su mirada, cargada de un matiz agresivo, le hizo pensar en cuántas ocasiones ese rasgo irreflexivo le había hecho mella en los instantes siguientes. Tantas situaciones anómalas y perdidas, iguales o parecidas le habían hecho desear vivir en pueblos pequeños, de calles cargadas de casas terreras, de bares con sabor a barato, un lugar donde vivir los años pendientes sin tener que romper barrera alguna. Haber acudido a una gran ciudad como era Málaga, lugar que no pisaba desde años atrás, le había producido ese inaudito e inesperado incidente que creía erradicado de su existencia. Tenía la sensación de que esa soledad que le proporcionaba su pequeño pueblo, le demostraba que su vida se estaba rigiendo por los consejos del corazón. Pensó que no debería haber viajado en aquellas condiciones, con esa inseguridad que le había proporcionado aquel ictus, que paró su actividad durante varios años, uno tras otro, y que aunque físicamente se encontraba relativamente bien, para seguir con su trabajo, mentalmente le restó esa fuerza innata que le hizo salir reforzado de situaciones complicadas.